

ra que aquí, y en este mismo punto, en vuestra presencia y en la mía les eche las bendiciones y en gracia de Dios los ponga para que se quieran desde ahora hasta los siglos de los siglos amen.

Aburrióse el rey, desmadejóse, aniquilóse, viendo el sesgo que la cosa tomaba, y viendo que casi casi su mujer le había cogido en renuncio, y no ménos que poniendo los medios para encontrarse á solas con la preciosa doña Elvira, conformóse viendo que otra cosa no podía ser.

Y la reina, que se figuraba que doña Elvira debía estar escuchando, á la puerta entreabierta donde doña Elvira estaba fuese, y encontróla, y la cogió de la mano y llevóla al medio de la cámara, toda ruborosa y temblando, y tan hermosa con su amor y con su cuidado, que D. Pero Nuñez creyó que los cielos se habían abierto y le habían enviado un ángel, no embargante, que no se le quitaba de la memoria Giazul.

Y asombrábase D. Pero Nuñez al ver que conociendo él de sobra á doña Elvira como menina de la señora reina, hasta entonces de ella no se hubiera agradado; y le asombraba mucho más el que estando de él tan enamorada doña Elvira, como lo mostraba el haber intercedido por él con ánsias para que no le enforcasen, nunca la más leve prueba de amor le había dado, lo

que decia harto claro hasta qué punto llegaban el recato y la virtud de aquella su enamorada.

Encontróse confuso D. Pero Nuñez con un nuevo amor que de través le acometia, y se ponía en brava pelea con el amor que por Giazul le abrasaba, y no supo qué decir ni qué hacer, sino quedarse estático, con los ojos tan abiertos como podía y abierta la boca, empapándose todo y con todos sus cinco sentidos en la hermosura de doña Elvira, que callaba ruborosa y mantenía los hermosos ojos inclinados al suelo y temblaba como una azogada.

—Y cásenle en seguida,—dijo la reina,—que así es necesario que sea, porque Dios así lo quiere, y además porque así lo quiero yo, y acábenle inconvenientes, y desháganse peligros, y no se hable más de esto, que por ser tal el negocio que á la quietud de una de mis meninas atañe, y al buen porte y agradecimiento de D. Pero Nuñez conviene, yo soy aquí quien manda; que no espero yo, señor, deis en la tiranía de oponer obstáculos á lo que con tan buena y cumplida intencion yo deseo.

Estando en esto apareció un paje á la puerta y dijo que allí estaba el abad de los benedictinos, que sabiendo que la señora reina le había llamado había dado prisa.

Mandóle entrar la reina y díjole:

—Padre, es mi voluntad que ahora mismo y aquí en presencia del rey mi señor y mía, tomeis el dicho á esta mi menina doña Elvira de la Redondela y á este nuestro buen caballero D. Pero Nuñez de Lara y les mandeis que se den las manos y les echeis las bendiciones juntándolos en uno.

A todo esto no habian dicho una sola palabra ni el rey, ni doña Elvira, ni D. Pero Nuñez.

Desesperábase Alfonso VI, pero se aguantaba, no atreviéndose á otra cosa.

Alegrábasele toda el alma y derretíasele el corazón á doña Elvira.

Y en cuanto á D. Pero Nuñez todo era un confundirse y no entenderse, que la boca se le hacia agua pensando en que brevemente su mujer seria aquella garridísima doncella que por él se moria de amor, y por otra parte se agarraba á él Giazul y de él tiraba y le amargaba la buena ventura en que se veia.

La reina conocia bien que una sola palabra podia dilatar aquellas nupcias que tanto la importaban, porque al cabo de todo se habia puesto.

Y así es que aprovechando la confusion de los otros, mandó de nuevo al abad tomase los dichos y echase las bendiciones á los novios.

Dijo el abad á doña Elvira:

—¿Vos, señora doña Elvira de la Redondela, quereis por esposo al noble caballero D. Pero Nuñez de Lara?

—Sí que quiero,— dijo doña Elvira con la voz no tan floja como hubiera sido de presumir, que ella veia algo extraño y tenia miedo de que su felicidad se deshiciese, y se apresuraba á agarrarse á ella.

Y habiendo preguntado asimismo el monje á D. Pero Nuñez, si queria por esposa á doña Elvira, dijo que sí.

Y ya en aquel punto, el rey quiso meter su baza, y torcer el juego.

Pero atragantóse con la cólera y dió un gallipavo, ó mejor dicho, un hípido, que nada queria decir, pero que entendió muy bien la reina, que por sí misma juntó las manos de los contrayentes y dijo apresurándose al abad:

— Echadles la bendicion, padre, que ya es hora.

Y el abad los bendijo y solo entonces reposó la reina.

—Pues no se ha de decir,—exclamó el rey recobrando su voz,—que la gloria de un tal consorcio habeis de lograr tan sin merecerlo, y sin que antes purgueis como es debido las malas pasadas que nos habeis hecho con vuestras lo-

curas y atrevimientos; y veníos ahora mismo conmigo, D. Pero Nuñez, que á lugar os voy á enviar y en sitio os voy á poner donde ganeis bien la ventura de ser esposo de doña Elvira á quien tanto estima la reina mi señora y estimo yo; que tales cosas no se ganan sino con grandes merecimientos.

Y sin decir más, enlazó por un brazo á Don Pero Nuñez de Lara y se lo llevó sin despedirse de la reina ni hacer el menor acatamiento, á su sagrado carácter debido, al abad, antes bien, clavando en doña Elvira una mirada ansiosa y desesperada:

—A cabalgar vais en seguida,—dijo á D. Pero Nuñez mientras se lo llevaban poco ménos que á rastra por las galerías del alcázar,—y con un escuadron de hombres escojidos entre mis buenos ginetes me vais á correr la tierra hácia Madrid, que ya es hora que á Madrid se combata, que me apremia la conquista de Toledo, y para ella por tierras de Madrid, hemos de entrarnos y rendir su fuerte castillo, y sús, y á la campaña, capitan D. Pero Nuñez, y no volvais hasta que yo os lo mandare.

Tentaciones tuvo D. Pero Nuñez de declararse en abierta rebeldía contra el rey y aún de pedirle cuenta de aquel su empeño en apartarle

de su mujer tan súbitamente, que ni aún hablar con ella le habia dejado dos palabras, y zumbábanle los oídos al triste de D. Pero Nuñez, y le entraba desgano, temeroso de que mientras él fuese á correr la tierra de Madrid para su conquista, el rey le corriese su honra y le tomase su mujer.

Pero no se atrevió, que era hombre Alfonso VI con el cual no habia quien se atreviese más que el buen D. Rodrigo Diaz de Vivar, que se atrevia con todo el mundo.

Pero pensando en esto D. Pero Nuñez, representósele que con que fuera á quejarse al Cid de las malas tentaciones que él suponía en el rey, el Cid pondría remedio.

Y así fué, que en cuanto el rey le soltó para que fuese á armarse y á volverse para que le fuese entregada la hueste que debia acaudillar, disparóse á la posada del Cid, y hallóle con su doña Jimena y las doncellas de ésta, y con algunos de sus servidores y rezando sus maitines, que era el Cid muy cumplido en sus deberes religiosos, y esperar le hizo, que él no perdía sus rezos, á no ser que se le arrimasen los moros.

Al fin hablóle.

Maravillóse el Cid de aquel tan súbito casamiento, y sospechando que debia haber gato en-

cerrado, como tenia mucha experiencia y mucho ingenio, fué sonsacando á D. Pero Nuñez.

Y cuando se hubo puesto al cabo de todo, exclamó:

—Cosas son las vuestras, D. Pero Nuñez, que no sé cómo mi paciencia no apuran y sobre voz me arrojan, y de vos dan miserable fin y remate: ¿con que á la reina mi señora os habeis ido con aleves y traidoras gollerías y á esa buena señora habeis obligado á que tan de golpe y zumbido os case, no por misericordia á vos, sino por misericordia á esa Elvira de mis pecados, que si no os quisiera no nos quemarías todavía la sangre? ¿y salimos tambien con que el rey mi señor gollerías quiere y á la santidad del matrimonio y á la fealdad del adulterio se atreve, qué bien se conoce, que el rey mi señor ha andado mucho tiempo entre moros y por las malas costumbres de esos perros, con una sola mujer y siendo ella tan hermosa y tan sin par no se conforma? Pues, ¡vive Dios! que el rey mi señor y vos me las habeis de pagar con la setena, y si yo fuera capaz de chancearme, que no lo soy con cosas tan santas, os diria que aunque el rey os soplara á la mujer y os volviera loco, bien merecido lo tendríais. Pero no ha de ser así, que vos os ireis á donde el rey os manda, y sin ver

á vuestra mujer, para quitar inconvenientes; y por lo demás, id bien tranquilo, porque con mi doña Jimena, que es mujer de fiar, no digo yo para guardar casadas doncellas, si es que alguna hay en el mundo, sino todas las doncellas habidas y por haber, tengo yo por muy bastante; y á su lado tendréisla tan guardada como si estuviera en un arca, en tanto que volvais, si es que un hierro sarraceno por allá nos os deja, y haced vos de modo que yo pueda llamaros al real para honraros, que aliento os ha dado Dios y de él no tendreis perdon si vuestro ayuntamiento con vuestra mujer no mereceis dentro de poco, y ea, á cabalgar, y por la hueste que el rey mi señor pone bajo vuestra conducta.

Salióse ya tranquilo en cuanto á su honra D. Pero Nuñez, y apenas salió, el Cid acudió á su mujer, y haciéndola se vistiese la túnica y el ropon de las grandes ocasiones, metióla en una gran litera donde podia muy bien recibirse á doña Elvira, y con un honrado acompañamiento de pajes y escuderos con hachones, al alcázar llevóla, y se fué en derechura á la cámara de la reina, que los recibió muy honradamente; y una vez allí, y despues de haberse afinado y besado las manos á doña Constanza, alzáronse, y el Cid dijo, como acostumbraba decir las cosas, es-

to es, de una manera concluyente que no admitía réplica:

—Con mi doña Jimena vengo, señora mía, á efecto de que entregueis á su cuidado por ser esta la voluntad de su esposo, á doña Elvira de la Redondela, hija del buen alcaide de mis escuderos, Pero Cantueso de la Redondela que tan de súbito y sin avisar á nadie, ni aun á su mismo padre, ni aun convidar persona, habeis casado segun vuestro buen placer con D. Pero Nuñez de Lara, en lo cual yo no me entrometo, que bien creo yo que por vuestra mucha discrecion y virtud, que habeis sabido bien porque hacer lo que habeis hecho, y yo á vuestra señoría suplico venga en concedernos á mi mujer y á mí la tutoría y cuidado y conservacion de esa buena noble, y á lo que yo creo en mal hora enamorada doncella; y Dios nos dé á todos paciencia, señora, para sufrir las trabacuentas en que las locuras de mozo y los antojos de ese D. Pero Nuñez de Lara nos han metido.

—Y que con toda mi alma vengo yo, mi queridísimo D. Ruy Diaz de Vivar, mi queridísima doña Jimena, en entregaros la entera persona de mi muy queridísima menina doña Elvira, mientras su marido vuelve, y esto ha de ser en este mismo punto y hora.

Y sin decir más la reina, casi haldas en cinta, se fué á buscar á aquella peligrosa doña Elvira, y entrególa al Cid y á doña Jimena, y despidiólos á todos y quedóse contenta, que más que si la hubieran metido en una fortaleza de diamantes rodeada por un lago de fuego, habia puesto á salvo y segura del casi musulman, cuando de mujeres se trataba, su muy querido esposo y señor el rey D. Alfonso VI, á doña Elvira.

Cuando el rey supo que bajo la sombra de doña Jimena Gomez, y al reparo del Cid estaba doña Elvira, dijo para sus adentros:

—Quien me diga á mí que las cosas del Cid pueden pasarse ni aun con mermelada, le diré que miente.

Pero se aguantó, no teniendo otra cosa mejor que hacer, y D. Pero Nuñez pudo irse tranquilo á sus correrías por las tierras de Madrid.